

XIV.

Eran las diez de la noche. La calle de la Chaussée-d'Antin, todavía muy animada por el lado de los boulevards y alrededor de los Vaudevilles, lo estaba menos al llegar á la encrucijada de Lafayette y en las inmediaciones de la Trinidad, que se encontraban tranquilas y silenciosas. La mayor parte de los establecimientos se hallaban cerrados.... Los transeuntes eran cada vez menos. Por algunos instantes el rodar de un carruaje hizo trepidar los edificios. El carruaje pasó, el ruido se perdió á lo lejos, y la calle volvió á quedar como pocos momentos antes. Algún tiempo después, delante de una casa de buena apariencia, se detuvo un coche. Un hombre bajó de él, y mientras el coche se volvía á poner en marcha, se abrió la puerta para dar paso al recién llegado, volviendo á cerrarse inmediatamente. Era Roberto du Chatel, que acudía á la invitación de la señora de Fontenay-sous-Roches. Subió dos pisos, y un criado vestido de negro con la mayor corrección, lo introdujo en una extensa antesala, donde la lámpara que en medio

de ella se encontraba, así como todo el adorno que en ella se veía, indicaban que la dueña deseaba seducir á las visitas desde el momento en que ponían el pie en su casa. El criado levantó un portière, y suplicó á Roberto pasara al salón. Éste era una espaciosa habitación, cuyo techo tenía forma de cúpula. Del centro de ésta pendía un grupo del Amor. La luz de las bujías, que se hallaban colocadas con verdadera profusión á los lados de los espejos, y las de los grandes candelabros, hacían aumentar el brillo del dorado de los muebles, forma Luis XV, cubiertos de tapicería imitación de Beauvais, representando asuntos de Watteau y de Boucher.

El salón estaba lleno; algunas mujeres hermosas, unas con vestido de baile, otras, que no habían tenido sin duda noticias de la improvisada fiesta, se encontraban en traje de paseo. Los hombres, todos de frac y corbata blanca, paseaban de un lado á otro sin afectación, dirigiéndose á las personas con quienes tenían más confianza y familiaridad. Al entrar Roberto du Chatel, una mujer se levantó del sofá donde se hallaba sentada, al lado de la chimenea. Era su cliente de la mañana. Su pronunciado escote dejaba ver sus espaldas, todavía demasiado hermosas, y el nacimiento de su pecho demasiado indiscreto, pues parecía decir á todo el mundo que el cuerpo de la señora de Fontenay no había

envejecido tanto como su rostro. Ésta se dirigió á su huésped sonriendo.

—Sois un hombre de palabra (le dijo, alargándole la mano). Os lo agradezco. Venid á que os presente.

Cogida de su brazo le hizo dar la vuelta al salón, deteniéndose delante de todas las mujeres, cuyos nombres daba á Roberto, al mismo tiempo que algunos antecedentes respecto á su vida pasada y presente.

—Esa hermosa criatura de limpia tez, de formas firmes y acentuadas, es la rubia Teresa: una soberbia flamenca, digna de figurar en los cuadros del gran pintor de Amberes.

»Tiene amores con Leo X..., una de las cabezas más ligeras del mundo parisién. Está enamorado perdido de ella... No la dediquéis vuestro tiempo, porque lo perderéis miserablemente.

»La que está más allá, morena, de aspecto petulante, es Margarita, natural de Provenza. Llegó una mañana á París sin un sueldo y con un marcado acento marsellés. Ha ganado una fortuna, y ha perdido el acento.

»Su vecina, de la que ya os ha impresionado su belleza escultural, es rusa, y condesa auténtica: la condesa Tampeska. Es morena, y cuando le parece se pone rubia. Hoy está de color de caoba. Por eso Lea, que no carece de gracia, dice

que la Condesa tiene el cabello del color que mejor le acomoda.

»Aquel grupo es de artistas, ninguna carece de talento: C....., homónimo del célebre profesor de la Sorbonne: la hermosa Vivian siempre en lucha con los directores. No ha trabajado todavía; pero procura hacerlo, y seguirá procurándolo.

Sin dejar de hacer sus elogios, la señora de Fontenay continuó haciéndole la presentación de las señoras á quienes recibía. Pero respecto á los hombres, sus alabanzas no tenían límites.

—Es de lo más distinguido,—decía de cada uno en particular.

Roberto, que no hacía mucho caso de los antecedentes de la señora de Fontenay, procuraba formar por sí mismo la opinión que aquellos caballeros debieran merecerle. Procurando verlos á través de aquella máscara de impasibilidad con que se presentaba cada uno, los observaba con suma atención. Hubiera querido poder descorrer el espeso velo en que seguramente se envolvían todos, á fin de averiguar la historia de cada uno, su verdadero origen y procedencia. De entre todos, fijó especialmente su atención uno que parecía ser el más íntimo de la casa, y del cual le había hecho grandes elogios aquella mañana la señora de Fontenay. Éste era el marqués de Ar-

nage, y en el cual fijó primeramente su atención. Tendría como unos cincuenta años, bajo, macilento; con el rostro apegaminado y el cansancio pintado en el semblante, tenía el aspecto de un vividor. Sin embargo, sus nervios, siempre excitados, parecían darle cierta apariencia de vigor y juventud.

El señor de Montbarán, algunos años más joven que el Marqués, era alto, fuerte todavía y robusto. Pero sus cabellos rizados y algo encanecidos, y sus ojos apagados y vidriosos, le daban cierto aire de vaguedad. Daba vuelta entre todas las mujeres, mirándolas con cierta codicia, y murmuraba en sus oídos palabras que, aunque parecían no escucharlas, las oían, sin embargo, perfectamente. Esta conducta del señor de Montbarán no agradaba sin duda á la señora de Fontenay, cuando se permitió hacerle algunas observaciones que él no dejó de tomar en consideración.

¿Tendría algunos derechos sobre él? En todo caso, serían derechos adquiridos mucho tiempo antes.

El marqués de Arnage y el señor de Montbarán saludaron con exquisita cortesía á Roberto du Chatel al serles éste presentado; pero no manifestaron ningún género de inquietud ó extrañeza por su presencia en casa de la señora de Fontenay.

Ésta no cesaba de prodigar á su nuevo huésped todo género de atenciones. Le obsequió con te, dulces y galletas, y no se separó de él ni por un solo instante.

—Y bien (le dijo): ¿qué tal encontráis mis reuniones de confianza? ¿Os agradan sin duda? Aquí sólo se reúnen gentes del gran mundo y mujeres hermosas. Pero no os he enseñado todavía á la perla más hermosa de mi colección. Vedla, ahí viene.

Una mujer de una hermosura arrebatadora entró en aquel momento. Alta, esbelta, de formas esculturales y arrogantísima figura.

Á la corrección de las líneas de su rostro se unía la expresión profunda y melancólica de sus hermosos ojos azules. Un aderezo de brillantes adornaba su hermosa cabellera. Sobre el guante con que cubría sus manos llevaba en las muñecas dos soberbios brazaletes.

La nueva aventurera, con los ojos entornados y sin contestar á los cumplimientos que le dirigían de todas partes, se dirigió adonde se encontraba la señora de Fontenay, y después de estrecharle la mano, tomó asiento á su lado, y se puso á hablar con ella en voz baja.

Una hora después, muchos invitados se disponían á retirarse, sin cumplidos ni ceremonias, á la inglesa; algunos hombres sentados alrededor de una mesa de juego, terminaban su parti-

da de un verdadero *whist* de familia. Todos estos detalles sorprendían á Roberto du Chatel, hasta el punto de trastornar sus ideas. ¿En qué sociedad se encontraba? ¿Qué clase de casa era la de la señora de Fontenay? Por un momento pensó que se encontraba soñando.

Continuaba haciéndose reflexiones, cuando la señora de Fontenay le dijo en voz baja:

—¿Qué os parece Rachel?

—¡Ah! ¡Se llama Rachel!

—Sí, Rachel de Nicia, como os dije esta mañana...; es judía por parte de madre, y católica é italiana por la de su padre.

—¿Y es casada, según me habéis dicho?

—Un poco...; pero eso no importa. ¿No bailáis?

—¿Soy un mal valsador?

—No lo creo; pero la señora de Nicia valsa á rabiarse, y os podrá dar una lección.... Id á invitarla.

Roberto aceptó gustoso, aunque no sin cierta especie de temor, porque aquella mujer desconocida, de tan deslumbradora belleza y rara hermosura, le producía cierta impresión inexplicable. Aceptó sonriendo su invitación, como si le hubiese estado esperando, y se levantó con un gracioso ademán, se apoyó ligeramente en su brazo, y se lanzaron al baile. Cuando el vals se hubo terminado, la condujo á su asiento. No

se habían dicho una sola palabra, y sin embargo Roberto sentía ya separarse de la señora de Nicia, la que por su parte no le miraba como una pareja vulgar. Al inclinarse Roberto para darle las gracias, creyó adivinar cierta especie de emoción en su semblante. La *soirée* había terminado. Á excepción del marqués de Arnage, del señor de Montbarán y de Rachel, los últimos invitados se dirigieron á la antesala. Roberto du Chatel, después de haber cambiado la última mirada con su pareja, creyó que debía retirarse.

XV.

Después de la marcha de Roberto du Chatel, cuando sólo quedaban en el salón Rachel de Nicia, el marqués de Arnage y el señor de Montbarán, la dueña de la casa llamó, y seguidamente apareció un criado.

—Apagad las bujías y dejad solamente las lámparas encendidas. Podéis retiraros todos. No os necesito.

Tan luego como sus órdenes fueron ejecutadas, Prudencia de Fontenay fué por sí misma á cerrar las puertas, á fin de que los criados no pudieran oír desde las habitaciones inmediatas lo que hablaban. Como los cerrojos de la puerta

principal, echó las llaves en las cerraduras, y después de tomadas estas precauciones, tomó asiento cerca del fuego al lado de sus amigos.

—Estamos completamente solos (dijo), y no hay peligro de que nos escuchen; podemos hablar con toda tranquilidad.

—¿Será muy larga esa conversación?... (preguntó Rachel, que se había tendido en un sofá....) Os prevengo que estoy rendida. Me caigo de sueño.

—Nada te impide acostarte y dormir cuanto quieras, contestó la señora de Fontenay. Ya sabes que tienes una alcoba á tu disposición.

—Pues la acepto por esta noche,—dijo la hermosa judía, levantándose perezosamente.

Cuando ya se encontraba en la puerta del salón:

—Una palabra antes de marcharte,—dijo de pronto el marqués de Arnage, con frío y punzante acento.

Se detuvo inmediatamente, y esperó con el candelero en la mano.

—¿Qué te ha parecido (añadió el Marqués) ese joven que ha venido aquí esta noche por primera vez y que ha valsado contigo?

—Me parece (contestó al Marqués) como todo el mundo...., ni más, ni menos....: un poco más desmañado únicamente.

—Sí, pero su desmañamiento debe haberos

gustado seguramente (añadió el señor de Montbarán); le habéis mirado con cierta complacencia...., cuando de ordinario afectáis no fijar en nadie vuestra atención.

—Pues bien: no lo volveré á mirar más, si es que eso os molesta.... ¿Es eso lo que teníais que decirme?

Ya había desaparecido, cuando el marqués de Arnage la llamó de nuevo, diciéndole:

—No, no te marches; quédate algunos instantes más. Después podrás dormir todo el tiempo que quieras. Á tu edad se puede muy bien pasar una noche en vela. Hace cuarenta años que yo me las paso, y no me va del todo mal.

Sin replicar, obedeciendo como si fuera una esclava, dejó la palmatoria sobre una consola, y volvió á sentarse en el sofá.

—Acabas de decirnos (replicó de Arnage) que no volverás á mirar al joven de esta noche.... Te quieres burlar de nosotros, ¿no es eso? Tú has comprendido que es necesario lo enamores con tus miradas más incendiarias, que lo enloquezcas lo más pronto posible, que lo pongas por entero bajo nuestro dominio, á fin de arreglar nuestros asuntos.

—¿Los vuestros, querréis decir?

—Es posible, chiquita (exclamó la señora de Fontenay, que hasta entonces no había pronunciado palabra). Nuestros negocios son nuestros

negocios, y tú no tienes para qué mezclarte en ellos.

—Bien os mezcláis vos en los míos..., y desde hace mucho tiempo, ó, mejor dicho, desde siempre,—contestó la joven con reconcentrado acento, levantándose.

—¡Una sublevación! (dijo de Arnage en tono desdeñoso.) Vamos: veo que hemos hecho bien en detenerte. Es preciso que nos entendamos, mi querida Rachel, sin tardanza, esta noche misma, y concluyamos de una vez.... Ya no es la primera vez que has manifestado conatos de insubordinación.... También el otro día.... Tú has olvidado la situación en que te hallas respecto á nosotros, y voy á recordártela.

—No, no; la sé, la sé,—dijo con aspecto sumiso y temblorosa voz.

—Si la supieras, no hablarías como acabas de hacerlo.... Es conveniente recordarte tu pasado, porque lo olvidas con demasiada frecuencia en el presente, y es necesario que estés convencida de que cualquier intento de insurrección sería inmediatamente reprimido.

—¡Vamos, amos míos!—dijo, dejándose caer sobre el sofá, mas con sus hermosos ojos azules muy abiertos y fijos en el Marqués, en Montbarrán y en la señora de Fontenay.

—¿Tú te acuerdas (comenzó diciendo el Marqués, dirigiéndose á Rachel) en qué circuns-

tancias te encontré hace tres años? Tú llegabas de Italia. Habías perdido á tu padre y á tu madre. Te encontrabas sin dinero. ¿Qué digo sin dinero? Sin un sueldo, sin recursos de ninguna clase.... No conocías á nadie en París, adonde habías venido á hacer tu fortuna.

—Sí, quería ganarme la vida trabajando,—interrumpió Rachel.

—Sin duda; pero con tu natural indolente y perezoso, tus aficiones á gastar, habías comenzado por comerte en el camino y en Monte-Carlo, donde te detuviste para jugar á la ruleta, y después en París, los pocos billetes de Banco que traías de Italia.... En tu completa desnudez, sin recomendaciones de ningún género, ni relaciones de ninguna clase, no hubieras podido encontrar colocación alguna.

—Una colocación es posible; pero ya hubiera encontrado otros medios.

—No, no los hubieras encontrado. Tu juventud, tu belleza, estaban muy mal ataviadas.... En París se mira la ropa, la compostura, antes que el semblante.... Un cuerpo mal vestido pierde todo su mérito, sean cuales fueren sus formas y su hermosura. ¡Oh! Tú hubieras tenido amantes; pero ¿qué clase de amantes? Seguramente que no te hubieran enriquecido. Por el contrario, te hubieran condenado á la mayor obscuridad y pobreza...., ó, lo que os lo más probable,

te hubiesen arrojado entre el fango, entre los vicios más asquerosos.

—Tiene mucha razón (dijo la señora de Fontenay-sous-Roches). Yo también, como tú y por fortuna, no llegué á caer en esas últimas capas sociales, si en un principio no hubiere comenzado con buen pie. El comenzar bien, es el todo. Tú debes agradecersele al Marqués, que, comprendiéndolo..., te ha vestido, te ha alquilado una hermosa casa, y te da una pensión bastante.... Y todo por tus lindos ojos....; es decir, por nada.

—¡Oh! ¡por nada!—dijo Rachel con acento de protesta.

—¡Ciertamente! ¿Te he hecho acaso la corte? (replicó de Arnage.) ¿Me he permitido nunca darte un beso, un apretón de manos?

—¡Oh! No hablo de eso; pero vos tenéis desde algún tiempo á esta parte ciertos proyectos respecto á mí. Me destináis un papel cerca de vos, á vuestro lado.

—Podéis rechazarlo ahora (observó Montbarán), y el Marqués se quedará tan fresco.

—En efecto, chiquita (añadió la señora de Fontenay); ninguno de nosotros te ha impedido que seas honrada.

—Yo mismo te busqué (replicó de Arnage) una manera de vivir de las más decorosas, y que podía haberte conducido tal vez hasta el matri-

monio..., en una casa como la de la duquesa de X...., una señora conocida y apreciada de todo París. Pero apenas hubiste entrado, gracias á mi recomendación, en calidad de lectora y profesora de italiano, cuando le robaste los brillantes.

—¡Eso es falso! ¡Eso es falso! (gritó Rachel, poniéndose en pie de un salto.) ¡Yo no quería robarlos! Yo le hubiera devuelto todos sus aderezos..., pero su vista me había enloquecido, fascinado. No pude resistir al deseo de adornarme una noche, una sola noche; de presentarme cubierta de brillantes á aquel baile adonde vos me invitasteis..., no me explico para qué....

—Es posible, hija mía (dijo la señora de Fontenay, interrumpiéndola); pero la desgracia quiso que la duquesa de X...., que se encontraba de viaje, volviése antes de lo que tú esperabas. Se le ocurrió mirar sus estuches, y se encontró que no estaban donde los había dejado.... Se asustó, naturalmente; interrogó á su servidumbre..., y no tardó en saber que durante su ausencia habías entrado tú en su gabinete de tocador... Seguidamente se avisó á la prefectura de policía.... Afortunadamente no te encontrabas en tu casa.... Supiste que se te buscaba..., y tuviste la feliz idea de avisarnos, confiarnos tu falta, y nosotros te salvamos. ¿Por qué medios? Es inútil que lo sepas. Únicamente, como

eres algo frágil de memoria, me permitirás que te recuerde una vez más que, si no hubiera sido por nosotros, serías hoy la más linda pensionista de la casa central de Clermont.... Conozco aquella mansión (añadió la señora de Fontenay), por haberla visitado...., acompañada de un perfecto amigo mío. ¡Ah! ¡si supieras qué vida llevan aquellas desgraciadas! El trabajo, siempre trabajando en aquellos inmensos talleres, con frío en el invierno, con calor en el verano, y el silencio.... Sí, está prohibido á las prisioneras que se dirijan la palabra.... ¡Cuidado si esto es duro para una mujer!.... Durante el día, un paseo de una hora, alrededor del jardín, por un corredor cubierto, y todas las detenidas obligadas á marchar una detrás de otra, sin volver la cabeza.... He aquí todas sus distracciones. Me equivocaba. Las hermanas que las vigilan y dirigen las suelen leer libros piadosos.... ¡Cómo te gustaría á ti, que deliras por las novelas! ¡Y el traje! En invierno una falda de lana gruesa, un jubón, un corset, unos escarpines de orillo para andar por el interior, unos zuecos para cuando tienen que salir á los patios, y sobre la cabeza un pañuelo que las cubre por completo los cabellos. No se puede ver si aquellas pobres criaturas son rubias, morenas ó blancas. ¡Ah! Me olvidaba. Como los condenados, no tienen más nombre que un número cosido en un pedazo de tela de la

manga del brazo izquierdo. ¿Qué te parecen esas costumbres, querida, á ti, á quien ha perdido la coquetería?

Rachel continuó en silencio, dirigiendo miradas vagas á su alrededor. La señora de Fontenay, poseída de sus recuerdos y satisfecha de su elocuencia, continuó:

—¿Y la comida, hermosa mía, tú que eres casi tan glotona como coqueta?... Una sopa compuesta de pan y legumbres secas. Un potaje de lentejas con nabos.... Los jueves y domingos solamente caldo y setenta y cinco gramos de carne, ¡y qué carne! En cuanto al vino, no ha entrado jamás en ninguna casa de corrección. Así que, todas acaban por ponerse linfáticas. ¡Esto hubiera sido una lástima para una sangre tan hermosa como la tuya!.... Si por casualidad no se muestran conformes con este régimen, con aquellas distracciones, con aquel género de existencia, si reclaman ó se alborotan, la privación de cantina, la clausura en la celda...., y algunas veces el calabozo y la camisa de fuerza.... Ahí tienes, querida mía, el género de vida que te esperaba, y que te hemos evitado en ese hermoso establecimiento, en cuya fachada se leen estas palabras: *Casa central de fuerzas y corrección.*

XVI.

Cualquiera hubiera dicho que Rachel de Nicia comparecía ante un tribunal compuesto de un presidente y dos magistrados. Con la diferencia de que, contra los usos establecidos, los jueces la interrogaban por turno, y á ninguna de las preguntas que cada uno la dirigía se encargaba de ayudarla en las respuestas el defensor, de que carecía.

El presidente..., marqués de Arnage, había hecho el resumen de hechos: otro magistrado, el señor de Montbarán, había tomado parte al punto en la discusión, y en seguida la señora de Fontenay-sous-Roches, el otro magistrado, había hecho una terrible pintura de las faltas del acusado.

Acababa de detenerse, interrumpiendo un punto su discurso, cuando, sin suspender el juicio que se celebraba, el presidente Arnage dijo, dirigiéndose á Rachel:

—Tu vida, desde el día en que fué presentada una querrela criminal contra ti, no tiene la más pequeña relación ni el más pequeño parecido con la existencia en un presidio correccional de que hablábamos hace poco. Tú no has oído

hablar de jueces ni de policías, porque se te ha dejado perfectamente en paz. Nosotros hemos tenido, como habrás notado, la delicadeza de no dirigirte ni un reproche; nos hemos permitido darte algunos consejos, tales como que cambias de nombre, por ser el tuyo muy conocido en casa de la duquesa de X.... y en la prefectura, por el de la señora de Nicia, ó bien por el de la condesa de Nicia, si te parecía mejor....; que te hicieras pasar por mujer extranjera, casada con un diplomático que ejerce su misión en lejanos países....; que te instalaras en habitación mejor que hasta entonces, más apropiada á tu nueva situación, y, por último, que encargaras de vestirte á una gran modista, capaz de darte distinción y aspecto que no te eran propios y de trocar á la pobre maestra de lengua italiana en elegante dama, que no careciera ni aun de extravagancias de buen gusto.

—La verdad es que todo eso no tenía nada de desagradable.

—Tanto menos desagradable (añadió Montbarán), cuanto que nos encargamos de todos tus gastos, y pagamos, sin dirigirte la más pequeña observación, los alquileres, cuentas y facturas que te vino en voluntad dirigirnos. ¿No es así?

—Cierto es.

—También reconocerás (manifestó el Mar-

qués) que nos hemos conducido con el desinterés más completo. Además, has añadido, y esta es la verdad en todas sus partes, que, por mí al menos, he sabido permanecer ante ti con la más completa discreción. Cosa es esta que no tiene mucho mérito, porque una mujer, la más hermosa de las mujeres, tú, por ejemplo, no significa nada para mí....; pero á Montbarán no le pasa lo mismo. Tal vez tu belleza no le ha sido siempre indiferente. ¿No es así, querido?

—¡Que no conteste!—dijo Prudencia de Fontenay con cierta autoridad.

Y luego añadió, volviéndose á Montbarán:

—Ernesto, te prohíbo que contestes. No quiero conocer á fondo tus ideas; sólo quiero saber una cosa: que Raquel no ha sido nunca tu querida, porque os he vigilado mucho.

Montbarán no pudo reprimir un suspiro, cuya significación, afortunadamente para él, no pudo comprender Prudencia.

—Luego (dijo el Marqués), nada tenemos que echarnos en cara ni los unos ni los otros. ¿Qué quejas tienes de la señora de Fontenay? ¿Se le ha ocurrido jamás aconsejarte quiénes debían ser tus amantes? ¿Te ha dicho: prefiere éste á aquél, porque el uno es pobre y el otro rico, y podrá ayudarte, subvenir á tus gastos y disminuir ó evitar los nuestros, sustituyéndonos en esto algún día? ¡Jamás lo ha dicho! Has sido

libre para amar á quien te ha gustado y para hacer lo que te ha dado la gana.

—Excepción hecha (dijo Prudencia), de recibir á Ernesto de Montbarán, no estando yo delante. Y, francamente, es natural que me defienda, dada mi edad, contra ti, que eres una muchacha, como es natural que quiera conservar lo que poseo hace veinte años.... ¿No es así, Ernesto?

—Muy natural, querida,—contestó Montbarán, un tanto pesaroso de que se hablara de aquella especie de esclavitud moral á que estaba sometido.

El Marqués prosiguió en esta forma, dirigiéndose á Rachel:

—En cambio de nuestra discreción y de nuestro silencio tan razonables, de la completa libertad que te dejamos, de nuestros sacrificios para proporcionarte primero una subsistencia decorosa, después una vida de placer, casi de lujo, ¿qué hemos pedido de ti? Veamos. Cuando entraste en casa de la duquesa de X...., que nos pusieras al corriente de sus costumbres, de sus entradas y salidas, de su conducta, de todos los secretillos de su vida pública y privada. Queríamos saber cómo se llevaba con su marido, á quién recibía; si tenía preferencia por alguno de sus amigos; si coqueteaba con éste ó el otro; si su reputación de virtud era cierta ó innere-

cida, porque tuviera alguna aventura ignorada de todo el mundo, y que tu perspicacia femenina adivinara todo esto tan pronto entraras en su casa é hicierais algo de vida común.

—Sí, me habéis convertido en una espía,— exclamó Rachel.

La palabreja excitó los nervios de la señora de Fontenay-sous-Roches, ofendiendo su delicadeza.

—En todo caso (dijo), el papel que desempeñabas era mejor que el que hubieras hecho en otro caso. Yo, en tu lugar, hubiera preferido quedarme en espía, como tú dices, mejor que hacerse una....

El marqués de Arnage la interrumpió. No era hombre partidario de las frases inútiles ni de las palabrotas. Con aquella calma, aquella sangre fría que no había perdido con los años, dijo á Rachel:

—Nos das, hija mía, una nueva prueba de tu ingratitud, reprochándonos por habernos valido de ti para conocer la vida y milagros de la Duquesa...., que, eso sí, nos la has contado con pelos y señales; te repito por ello las gracias....; pero reconocerás que nos costó trabajillo salvarte de comparecer ante un tribunal. En fin, adelante: prosigamos....

—Y sobre todo (dijo Montbarán), procurad no interrumpir.

Sin duda que esto, dicho con alguna dureza, no tenía otro objeto que el de agradar á la señora de Fontenay, demostrando que ningún interés le llevaba hacia Raquel.

—El segundo servicio que exigimos de ti (continuó el Marqués), y podemos irlos contando, porque no han sido muchos, fué que aceptaras la visita de un hombre de buen tono que tú conocías, que no te desagradaba, y á quien tú parecías muy bien; que le admitieras en el seno de la intimidad; que le dejaras entusiasmarse, conservando tú la serenidad para que él la perdiese, y cuando la hubiera perdido, cosa que no podía menos de suceder, hacer lo que te viniera en voluntad, según se te antojara y te conviniese. En una palabra: enloquecerle primero con la resistencia, ó enervarle después con la felicidad de la victoria, del triunfo, del placer satisfecho. ¿No es así? ¿No fué eso lo que exigí de ti?

—No es eso todo (contestó Rachel). Mi deber era, según vuestras instrucciones, conducirme de tal suerte, que el sujeto en cuestión, hombre casado, me escribiera cartas que le comprometieran.

—Bueno, ¿y qué? (interrumpió la Fontenay); toda mujer que es amada, da y recibe cartas....: yo las tengo por cientos.

—Pero os las habéis guardado (replicó con

viveza Rachel); nadie os ha obligado á entregarlas á una tercera persona. Y yo tengo tres terceros....: vos, señora, el marqués de Arnage y el señor de Montbarán.

—Bien: ¿qué cosa más natural? (contestó la señora de Fontenay.) No debías tener secretos para nosotros, tus mejores amigos, tus protectores; ¡y qué protectores! Busca alguien que se nos parezca.... Has recibido cartas, nos las has dado á leer, como debías hacerlo, y nosotros no nos hemos acordado de devolvértelas: esto es todo.

El marqués de Arnage, que se había levantado, murmuró:

—Acabemos.

Y acercándose á Raquel, la dijo, mirándola fijamente:

—Tus palabras y tu actitud, desde hace una hora, demuestran á las claras que no te das cuenta exacta de tu situación; no de tu situación con respecto á nosotros, que he tratado de hacerte comprender, y que creo habrás comprendido. Se trata de la duquesa de X.... y de la justicia ordinaria. Hace algún tiempo, y de ahí vienen todas tus insubordinaciones y resistencias, estás echando cuentas galanas, y juzgas que no tienes nada que temer, porque la querrela criminal interpuesta contra ti fué retirada. Este es tu error; esa especie de querellas no

tienen más remedio que tramitarse, prosperen ó no. La Duquesa lo que consiguió, merced á sus relaciones, fué que el tribunal no desplegara gran actividad en las averiguaciones, y dejara dormir el asunto para sobreeserlo provisionalmente. Pero bastaría una palabra, una sola, para volver á abrir la causa, y no dudo que la policía, á pesar del cambio experimentado en tus hábitos y costumbres, en tu nombre y en tu figura, te reconocería con facilidad, é irías á dar bonitamente con tu cuerpo en la cárcel. La palabra fatal se encargaría de pronunciarla la Duquesa, y nosotros no lo impediríamos; lo que no podría menos de producirle el placer de vengarse de tu doble traición, y de volver á ver sus diamantes que tú te permitiste guardar.

—Yo quise restituirlos (dijo Rachel); pero me lo prohibisteis vosotros.

—Claro; si los hubieras restituído desde el primer momento, los jueces se hubieran mostrado más indulgentes para ti, y nosotros no te hubiéramos tenido tan sujeta. Ya ves que jugamos á cartas vistas. Pues bien: has acabado por creer que los brillantes son tuyos, y los usas cuando te parece; ya ves: la aguja que llevas en el pelo y los brazaletes que tienes puestos, forman parte de la colección. Si ahora, acometida de pronto por los remordimientos ó con el deseo de escapártelos, restituyeses lo robado, la restitución sería tar-

día y no te salvaría de la pena correccional. ¿Has comprendido, verdad? Pues no hablemos más; perdona que te haya molestado tanto tiempo. Ahora puedes, si te conviene, marcharte á tu cuarto, porque nada más tenemos que decirte.

XVII.

Obedeciendo á un gesto del marqués de Arnage, la señora de Fontenay había seguido á Rachel á su cuarto. Á los pocos momentos entró, diciendo:

—El pájaro está en el nido, es decir, en la cama. He temido que se le antojara volar por aquí, y sorprender en el revoloteo lo que no le importa saber. De modo que he echado la llave á la jaula.

—Tanto mejor hecho, cuanto que deseo que hablemos formalmente. Es preciso que examinemos nuestras respectivas posiciones, como he examinado la de Raquel relativamente á nosotros.

—¿Para qué? (observó Montbarán.) ¿No las conocemos ya?

—Acaso; pero conviene que no se nos escapen ciertos detalles esenciales para el desarrollo de la acción en nuestro drama.

—¡Nuestro drama, nuestro drama! ¿Cuándo vais á renunciar á valeros de esas frases?

—Nunca, amigo mío; soy fiel á mis costumbres. Hace veinte años que una noche, á las tres de la madrugada, como ahora, en uno de los salones del Café Inglés, os presenté al señor de Beuvret y á vos cierto plan, bajo la forma de argumento de una obra dramática que debíamos escribir en colaboración. Esto permitía que si uno de mis oyentes se indignaba al comprender mi verdadero pensamiento, protestara yo, y le hiciese presente que no se trataba más que de un drama. Ahora mismo, querido Montbarán, podría afirmar que sólo desenvolví á vuestros ojos el argumento de un melodrama ó de un drama de los apodados judiciales, y que juzgasteis ambos que era mejor vivir el drama que escribirlo, y representarlo que hacerlo representar.

—Olvidáis (repuso Montbarán) que procurasteis el vestuario de la obra, toda vez que fuisteis al Temple para adquirir la maleta, y comprar las ropas que debía usar Beuvret, ó, mejor dicho, Antonio Guiraud.

—¡Bah! Eso es un detalle insignificante, una complicidad muy discutible y acaso imaginada por vos, para descargar un tanto la conciencia.

—De estar tan tranquilo, no hubieseis aceptado la asociación que luego os propuse.

—Perdonad.... Lo hice, la acepté, porque me